

ANTE EL *ATLAS LINGÜÍSTICO DE MÉXICO*

Necesito hacer una afirmación que me ahorre de reincidencias: este *Atlas* es una obra de importancia capital. Hablar luego de lo que uno quisiera encontrar o de lo que pudiera estar de acuerdo con otras posturas científicas, no es sino practicar la libertad científica a la que ninguno de nosotros debemos renunciar. Si digo que hay algo que yo preferiría de otro modo no es sino reconocer que en esta obra se ha hecho de manera distinta a la mía, lo que no es sino un beneficioso discrepar para que la ciencia siga hacia adelante. Nadie, sin embargo, podrá atenuar mi categórica afirmación: estamos ante una obra que prestigia a todos. Al autor y sus colaboradores, al Centro que la auspició, al país que supo apostar por un proyecto nunca igualado, a quienes hemos hecho de nuestra vida un silencioso laborar en estos pegujales. Que mis palabras no valgan, sino las del *Cantar del Cid*: “a todos alcança ondra el que en buen ora cinxo espada”.

En uno de sus últimos trabajos, Karl Jaberg decía que —de una u otra forma— había estado presente en la geografía lingüística de un medio siglo¹ y he aquí que mis años —muchos ya— han hecho que, en el mundo hispánico, se hayan cumplido los cuarenta en que he tenido que compartir muchas tareas con mis colegas. En el *Atlas* de Colombia y en el *Atlas* de México, mi nombre aparece al lado de los autores nacionales. No es una vanidad, sino la justificación de una vida: desde aquel curso que expliqué en El Colegio de México (1964), América ha sido mi costumbre. La he recorrido desde el norte de Nuevo México (Gallup, Arroyo de Bueyeros) hasta el mediodía más apartado, desde Santa Bárbara o Zihuatanejo hasta Puerto Rico, Artemisa o Samaná. Creo

¹ “Grossräumige und Kleinräumige Sprachatlanten”, *VR*, 14 (1954), p. 61.

que el profesor de dialectología no puede olvidar el porvenir de nuestra lengua, que está aquí, con su ejemplaridad, con su permanencia, con su razón de ser. Por eso las palabras de Beatriz Garza en el prólogo a la obra son de una oportunidad imperativa: da cifras, lo que es mucho, pero da historia —lo que es más— y de la conjunción de ambas hemos de inferir algo que ya resulta lógico: este *Atlas*. Porque leer la historia de El Colegio de México por quien la ha vivido y la está viviendo hace muchos años, por quien tiene responsabilidad de gobierno y por quien ha colaborado en los trabajos de dialectología, es seguir una aventura intelectual del más alto porte. Tenemos algún libro excelente, como el de Clara E. Lida y José A. Matesanz sobre la existencia de esta singularísima institución², y sabemos lo que de algún modo nos llega por mil caminos de investigación, pero lo que Beatriz Garza nos da es algo que vale más que todo ello: la vida de unas gentes ejemplares. No podemos zafarnos de lo que son los nombres, pues los nombres valen por sus obras: se habla de quienes hicieron esta empresa y, una y otra vez, asalta la presencia viva de Henríquez Ureña y de Alfonso Reyes. Y con ella un eco de lo que fue el Centro de Estudios Históricos y el magisterio de Menéndez Pidal. Don Pedro salió de un cierto despego inicial hasta llegar a una teoría de plenitudes —la de América y la de España—; don Alfonso, su hipotético discípulo, fue siempre un apasionado y generosísimo reconocimiento: jamás he leído páginas más hermosas que su estremecedor elogio de Castilla cuando se cumplía el primer milenario del condado³. Don Alfonso que colaboró en el Centro de Estudios Históricos, que publicó en él artículo tras artículo, que redactó —nada menos— 36 reseñas bibliográficas, que pergeñó cómo debía ordenarse un repertorio de libros y artículos, que con Américo Castro y Solalinde tenía un ático en Toledo para serenarse del mucho trabajo, que siempre pensó en hacer en México un trasunto del Centro de Estudios Históricos⁴, lo consiguió en aquella generosísima ayuda a los exiliados españoles. Y Beatriz Garza lo dice con otras palabras, pero es esto mismo. Acaso por aquella sombra cuidadosa sentíamos nuestra propia tradición cuando pisábamos el recinto de El Colegio de México o

² *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, El Colegio de México, México, 1990.

³ Véase “Alfonso Reyes habla de Castilla”, que incluyo en mi libro *España. Las ciudades, las lenguas*, Barcelona, 1991.

⁴ Me ocupo de todo ello en “Alfonso Reyes y España”, en la *NRFH*, 40 (1992), de próxima aparición.

escuchábamos la poesía tradicional y nos emocionaba —y nos emociona— la generosidad de México como adalid de la unidad de la lengua. Permitidme que recuerde a don Miguel Alemán⁵, porque muchas palabras de Beatriz Garza tienen la misma gallardía de su conducta y justifican nuestros mismos quehaceres científicos. Porque bajo sombras egregias hemos llegado a la tercera época de El Colegio de México y, gracias a los grandes maestros estamos con la obra que paso a comentar.

Beatriz Garza habla de mi venida al Colegio en 1964 y el nacimiento de la idea de un atlas lingüístico de la República. Naturalmente, no silencia lo que debemos a Henríquez Ureña, ni la complejidad que México tiene desde una perspectiva sociolingüística. No lo ignora porque ella, con Gloria Bravo, preparó aquel ejemplar *Proyecto Oaxaca*⁶, que tanto me hizo meditar⁷. Y no lo ignora porque México es un país de aguda sensibilidad para los problemas indigenistas, pero leyendo este “Prólogo” me viene a las mientes —una y otra vez— el testimonio de don Andrés Bello que, transformado en sus palabras, sigue vivo en su contenido: “La unidad lingüística del mundo hispánico ha sido, es y continuará siendo un rico potencial de unión, creador y positivo, que puede dar a nuestra gran comunidad mayor fuerza en su presencia en el mundo”⁸. Es oportuno decir esto al abrir la primera página del *Atlas de México* porque serena nuestro espíritu de “malos mestureros” que se han soltado como del arca donde se escondían los fantasmas de las pesadillas. Lo digo desde mi condición de profesor de historia del español y de dialectólogo que se ha dedicado a todas las parcelas del mundo hispánico: no hay en estos finales del siglo xx ni preeminencias ni insularidades, hay sólo un inmenso campo que cultivar y una criatura increíble que ha venido a nuestros brazos. Esos más de 81 millones de hispanohablantes de México son el mejor aval para que pensemos en las tareas comunes que debemos emprender y no serán las menores las de co-

⁵ Convocó la primera reunión de Academias del mundo hispánico y de ella salió la Asociación de Academias de la Lengua Española.

⁶ GLORIA RUIZ DE BRAVO-AHUJA y BEATRIZ GARZA, *Problemas de integración*, Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca, México, 1970.

⁷ “Bilingüismo e integración en Hispanoamérica”, *REL*, 1 (1971); reimpresso en el libro *Hombre, etnia, estado*, Gredos, Madrid, 1986.

⁸ Véase ANDRÉS BELLO, *Gramática de la lengua castellana, destinada al uso de los americanos*, ed. crítica de Ramón Trujillo, Santa Cruz de Tenerife, 1981, p. 129.

nocer mejor la lengua, saber hacia dónde se orientan sus pasos y cómo debemos atender a su desarrollo. Las palabras de Beatriz Garza han venido a poner el dedo en muchas llagas, pero no lo lamentemos, cuanto nos ha dicho es cierto, y enlazando el hoy con los muchos ayeres hemos llegado a esta obra singular, a la que sus palabras sirven de introducción y las mías de comentario.

Porque para ahondar en el conocimiento y resolver tantas y tantas cuestiones como hay pendientes, nada mejor que realizar un atlas lingüístico, obra de esfuerzos denodados y de voluntades inquebrantables, pero que —desde siempre— ha venido a resolver las cuestiones que pueden resolverse. Juan Miguel Lope Blanch ha sido la persona que podía llevar a cabo la tarea: bien pudo decir, como Cervantes, aquello de “Tate, tate, folloncos”, pues la empresa para él estaba guardada. Un atlas es la colección de material que adviene pertrechada de mil exigencias para satisfacer nuestras penurias⁹. México es un país científicamente favorecido: los estudios lingüísticos, los diccionarios, las monografías de todo tipo, lo sitúan en un puesto de excepción en nuestro mundo¹⁰. Y no olvidemos que el español novomexicano fue allá, en un lejanísimo 1909, el punto de arranque de la dialectología más exigente¹¹. A pesar de mil trabajos beneméritos, ¿qué pueden ofrecer ante este *Atlas*? Veo en él una nueva confirmación —más de un siglo después— de aquella insatisfacción que sentía Meyer-Lübke y a la que vino a remediar el *Atlas* de Francia. El gran maestro del positivismo veía que nunca tendríamos una lingüística románica si no se investigaba con rigor la totalidad de los dialectos. Tarea —nos decía con desazón— que tardaría más de una generación en cumplirse. Se equivocó en la predicción, optimista para evitar desconsuelos¹². ¿Cuántas generaciones han pasado desde que firmó el prólogo a su monumental *Gramática de las lenguas románicas*? Sin embargo, el atlas de Gilliéron vino a llenar muchas lagunas y a hacernos renacer a la esperanza. Cuánto

⁹ ALWIN KUHN, “Sechzig Jahre Sprachgeographie in der Romania”, *RJ*, 1 (1947-48), pp. 62-63; SEVER POP, *La dialectología*, Gembloux, 1950, p. 17, y EUGENIO COSERIU, *La geografía lingüística*, Montevideo, 1956, p. 5.

¹⁰ JUAN M. LOPE BLANCH, *El español de América*, Alcalá, Madrid, 1968, pp. 77-85.

¹¹ AURELIO M. ESPINOSA, *El español de Nuevo México*, trad. y reelaboración de A. Alonso y A. Rosenblat, *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, Buenos Aires, t. 1, 1930, t. 2, 1946.

¹² WILHELM MEYER-LÜBKE, *Grammaire des langues romanes*, trad. E. Rabet, Paris, 1890, t. 1, p. vii.

mayor es nuestro desconsuelo si consideramos lo mucho que ignoramos del español de América y la desconfianza que sentimos de alcanzar un presto conocimiento de tantas realidades dispersas. Sólo un atlas puede colmar —con las limitaciones que le son inherentes— los vacíos que hoy existen. Y este atlas va a decirnos mucho de un país del que ya conocemos bastante. Por eso ver esta obra produce una profunda satisfacción, porque ahora vamos a disponer de esos materiales coherentes, distribuidos con unos criterios válidos, recogidos *in situ* y allegados por científicos solventes¹³. Si todo esto es mucho, su valor se acrecentará al proyectarlo sobre el inmenso mundo que habla español. Estamos ya en un punto relativo en el que el proyecto se hace vida y gracias a ella podemos entender la gigantesca obra que ha llegado a nuestras manos. Todo nos va siendo aclarado: la historia del proyecto desde su interioridad y como complemento del largo caminar que Beatriz Garza nos ha descrito.

Porque estamos en 1966, cuando Lope Blanch propuso su *Proyecto de delimitación de las zonas dialectales de México*¹⁴. Sólo un año después se comenzaron las encuestas con un cuestionario provisional y con unas grabaciones de conversación libre. Obtenidos unos materiales válidos se redactó otro nuevo cuestionario provisional con el que se repitió la experiencia que permitió acceder al cuestionario definitivo¹⁵. Es lo que poco más o menos se ha hecho siempre: lo que Pierre Gardette llevó a cabo en el Lionésado¹⁶ y lo que yo realicé en Andalucía¹⁷. En última instancia lo que se

¹³ Son las virtudes de los atlas, cf. KUHN, art. cit., pp. 13-14; COSERIU, *op. cit.*, pp. 35-36; LUIS FLORES, *Manual del Atlas L(ingüístico) de C(olombia)*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1983, p. 68.

¹⁴ Véase *Cuestionario para la delimitación de las zonas dialectales de México*, El Colegio de México, México, 1970, p. 5.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 5-6. Como trabajos cuidadosos para preparar un cuestionario, se pueden recomendar los de L. FLORES y T. BUESA, expuestos en *El atlas lingüístico-etnográfico de Colombia (ALEC)*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1954, pp. 7-17. Desde unos planteamientos generales, deben verse dos obras: SEVER POP, *Bibliographie des questionnaires linguistiques*, Comité Internat. Permanent de Linguistes, Louvain, 1950, y *Colloque de dialectologie. Texte des communications*, P. Imbs-G. Straka, Strasbourg, 1957.

¹⁶ Véase “Le questionnaire des atlas régionaux de France”, *BFS*, 35 (1957), 253-260. JOSÉ JOAQUÍN MONTES en una obra de tipo amplio se ha ocupado también de estas cuestiones: *Dialectología general e hispanoamericana*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1982.

¹⁷ M. ALVAR, “El atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía”, en *Estudios de geografía lingüística*, Madrid, 1990, p. 210.

viene haciendo desde tiempos de Gilliéron, cuando el cuestionario del Languedoil se adaptó al Languedoc y éste a Córcega y el de Córcega a Cataluña¹⁸. Se pretendía alcanzar en cada dominio aquel cuestionario que fuera válido para las investigaciones, y no otro, pero no se debe olvidar algo que es fundamental: el inmenso mundo hispanohablante no es igualmente conocido y tardaremos muchos años en disponer de una visión de conjunto, pues obras excelentes como la de Delos Canfield¹⁹ vienen a mostrar las inmensas lagunas que hay en nuestros conocimientos y, sobre todo, las dificultades de llegar a una visión de conjunto. Y he aquí que la "Introducción" de Lope Blanch viene a plantear una cuestión de tipo general: al desestimar todos los cuestionarios anteriores se hace una obra "doméstica", que sólo ocasionalmente tendrá vinculación con las que se emprendan en el mundo hispánico. Lo que es caracterizador no es agrupador, y así se plantea el problema de los atlas de grandes o pequeños dominios. Las enseñanzas del *Atlas de México* son oportunas: cierto que sólo se debe recoger para la República aquello que en ella es rentable y no lo que significaría únicamente aportaciones esporádicas. Estoy de acuerdo. Estoy de acuerdo, pero en cualquier atlas debe haber información válida para los otros, según hemos practicado y según hicieron ver las conclusiones del Congreso Internacional de Instituciones Hispánicas (Madrid, 1963)²⁰. La validez de lo que sirve para caracterizar ya estaba señalado por Jaberg cuando hizo la reseña del *Atlas de Cataluña*, de Antonio Griera²¹; la vinculación de México con el resto del mundo que habla nuestra lengua es un deseo al que debemos atender. Y esto nos lleva a considerar lo que venimos practicando desde el *Atlas de Gascuña*. Manejar el inmenso mundo de la cartografía lingüística no es tarea fácil y, sin embargo, las referencias a otras empresas semejantes ahorra trabajo y da coherencia a lo que sabemos. Válganos un solo ejemplo: en 1987, María Angustias Luzón ha preparado un volumen de casi 200 páginas con los índices de los atlas españoles²².

¹⁸ Véase M. ALVAR, *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*, 2ª ed., Gredos, Madrid, 1973, pp. 112-113.

¹⁹ *La pronunciación del español en América. Ensayo histórico-descriptivo*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1962.

²⁰ Véase *Congreso de Instituciones Hispánicas*, Madrid, 1964, pp. 115-116.

²¹ *Ro*, 50 (1924), 278-295. Aparte este motivo concreto que ahora nos afecta, Jaberg reseñó también los atlas del Lionesado y de Walonia.

²² "Índices léxicos de los atlas lingüísticos españoles", *EAc*, 1987, núm. 47. Éste es un paso para facilitar el cotejo de las obras grandes y dispersas;

Ahora tendría que ampliarse a los de Colombia, México e Hispanoamérica para que pudiéramos tener la visión coherente de lo que ya sabemos de nuestra lengua. Así *toalla* (*ALMéx*, 52) figura en los atlas de Andorra, Cataluña, Aragón, Navarra y Rioja, Santander y valle de Arán; *araña* (*ALMéx*, 54) en todos ellos y en el de Andalucía, en el de la Península Ibérica y, traslaticamente, en el de los marineros peninsulares; *casas* (*ALMéx*, 70) se enriquece con referencia al atlas de Canarias, etc. Pensemos lo que ocurrirá si a estos mapas exclusivamente fonéticos añadimos los apasionantes del vocabulario, que tanto nos enriquecerán y que tantas sorpresas van a depararnos.

Pero no salgamos del cuestionario de que disponemos porque nos da motivo a nuevas consideraciones. Dice Lope Blanch que “el inicial propósito delimitador de zonas dialectales determinó las características generales de nuestro cuestionario: es exclusivamente lingüístico —no etnográfico— y relativamente asistemático, por cuanto no se organiza en torno a campos semánticos; pero responde a nuestro objetivo diferenciador de regiones dialectales”. Grave decisión la que hubo de tomarse, porque se planteaban las mismas cuestiones que tuvieron que resolver otros investigadores y que produjeron otras tantas aporías. Estoy totalmente de acuerdo en la necesidad de determinar zonas dialectales, y en la forma de hacerlo. Pero esto mismo obliga a suscitar —ya— una serie de atlas regionales que den la imagen real de cada una de esas zonas que constituyen la República Mexicana, pues de otro modo corremos el riesgo de que muchos problemas queden sin explicación. Recordemos lo que Gilliéron no acertó a resolver por más que, estudiando las variantes de *sciér* en Galorromania, anduviera cerca de los umbrales del templo. Eso hizo a Jud y Jaberg adelantar las posiciones de su maestro y avanzar en tres aspectos: sociolingüística, biología lingüística y relaciones de palabras y cosas²³. El *ALMéx* es una buena muestra de los dos primeros presupuestos; en cuanto al tercero, las puertas quedan abiertas. Creo que la lingüística se aclara en ocasiones si se acerca a la etnografía, según pude probar con las designaciones de la *azada* y del *azadón*²⁴, o de las distintas clases de *avispas*²⁵: el

véase lo que hizo M. PAIVA BÓLÉO en “Le matériel de l’I. L. B. et quelques études de comparaison avec l’Atlas lingüístico de la Península Ibérica et l’Atlas prévio des falares baianos”, *RPF*, 27 (1976).

²³ Véase K. JABERG, *Aspects géographiques du langage*, Paris, 1936, p. 19.

²⁴ ALVAR, *Estudios de geografía*... , pp. 210-212.

²⁵ *Ibid.*, pp. 213-217.

ALEA ofrecía soluciones a lo que en el *ALPI* era un embrollo. Y en los mapas del *ALMéx*, a pesar de su carácter estrictamente fonético, volvemos a suscitar cuestiones afines: en el mapa 57 (*faldas*) encuentro *nagua(s)* en algún punto del S.E. de la República. ¿Ambas palabras significan lo mismo o responden a “cosas” diferentes? Ojeemos el *ALEA* y en su mapa 1378 nos encontramos con una situación semejante: (*e*)*nagua(s)* es sinónimo de *falda* en multitud de pueblos y, lo que es más curioso, el americanismo se da en muchos lugares como término arcaico frente a la innovación del germanismo *falda*. Evidentemente se trata de un problema cultural que debe ser estudiado a la luz de las palabras y las cosas, pues tampoco se puede desligar de otro, las designaciones de ‘la camisa de la mujer’, mientras que las ‘enaguas’ andaluzas (*ALEA*, 1380) son —entre otras formas sin marcas— *enaguas bajas*, *enagüeta* y el muy prestigiado *enaguas blancas*, que accedió al complejísimo romance de *Tamar* de Federico García Lorca²⁶. *Camisa* se ha quedado como término invasor y su forma acomodada a problemas en los que la homonimia no cuenta: la ‘camisa del hombre’ era tradicionalmente *camisión* y, por supuesto, ‘camisión, prenda de dormir’ es totalmente desconocido. En el *ALEICan* (mapa 535) volvemos a encontrar cuestiones semejantes y la presencia del término taíno vuelve a demostrarnos un viejísimo arraigo y en el *ALEANR* (mapa 1049) las *enaguas* son sustituidas por términos modernos, mientras que el americanismo ha penetrado incluso en algún pueblo que habla vasco. He aquí cómo el mundo de la lingüística no puede desentenderse de los hechos etnográficos y resulta curioso ver cómo la intrusión de una voz taína (insisto en la incertidumbre que deja su significado) viene a coincidir con el español de México y con amplísimas zonas peninsulares. Capítulo de la historia de nuestro vestido que necesitamos ilustrar. Y no nos queda otro remedio que recurrir a las palabras y las cosas, como Aebischer hizo para explicar la historia cultural y la lingüística de la *almohada* o del *colchón*²⁷.

²⁶ MANUEL ALVAR, *El romancero. Tradicionalidad y pervivencia*, 2ª ed., Planeta, Barcelona, 1970, pp. 243-249. Si volvemos al texto y sus vinculaciones etnográficas, tendríamos que considerar el libro de J. CHAURAND, *Introduction à la dialectologie française*, Paris, 1972, pp. 225-228, y, fuera de nuestra precisión actual pero bien ligada a su futuro, la obra de R. CRESWELL y M. GODELIER, *Outils d'enquêtes et d'analyse anthropologiques*, Paris, 1976.

²⁷ PAUL AEBISCHER, “*Coussin et oreiller et quelques-uns de leurs synonymes en latin médiéval*”, *BABL*, 24 (1951-52), 117-132. En este sentido se encuentran los numerosos trabajos de D. KREKOUKIAS, *Il mondo vegetale nelle leg-*

En cuanto a no organizar el cuestionario en campos semánticos, tal vez merezca la pena hacer alguna reconsideración. Las palabras —lo ha dicho Lope con su habitual buen juicio— no se dan aisladas²⁸, pero no sólo en la frase sino también en la teoría de los significados. De ahí que al hacer semántica estructural, el cuestionario del *ALEA*, muy denso por el número de preguntas, y muy rigurosamente trazado, ha permitido hacer entre nosotros lo que en grandes maestros como Coseriu y Pottier no pasó de la especulación²⁹. Ahí están los trabajos de Gregorio Salvador³⁰, de Julio Fernández-Sevilla³¹ y de José Andrés de Molina³². Por eso no sé si atreverme a recomendar algo que tendrá especial validez en los volúmenes del léxico: consignar cómo se ha formulado la pregunta. De este modo, sabríamos a qué concepto responden las respuestas obtenidas. Así el mapa 58 (*gajos*), da un término generalizado que es el de la lengua media, pero otros dejan con incertidumbre. ¿Por qué se ha preguntado? ¿‘ Rama’, ‘división de un racimo’, ‘racimo apiñado’, ‘división interior de algunos frutos’, etc.? Me da la impresión que es a esta acepción a la que corresponden las respuestas, pero *tajada* ¿es lo mismo? ¿Y *trocito*? ¿Y *rodaja*? ¿Y *migaja*? ¿No se ha equivocado el informante al responder *bolsita*, *sámago*, *cañuto* o *bagaso*? Frente al conjunto de la República estas anomalías yucatecas nos hacen pensar en hechos más complejos y, por tanto, necesitados de aclaración. Lo mismo que *canalete*, incrustado en el mapa de *remos* (85), ¿es la misma “cosa” o simplemente utilizada para los mismos fines por

gende tradizionali del popolo greco e siciliano, Atenas, 1970; *Gliucelle nelle credenze e nelle tradizioni del popolo greco e siciliano*, *id.*, etc. También JABERG había señalado cuestiones afines a lo largo de la parte primera en su artículo “Der rumänische Sprachatlas und die Struktur des dacorumänischen Sprachgebietes”, *VR*, 5 (1940), 49-86.

²⁸ Cf. G. BOTIGLIONI, *Introduzione al Atlante linguistico etnografico della Corsica*, Pisa, 1935, p. 64; y J. VENDRYES, *El lenguaje*, 2ª ed., Barcelona, 1943, p. 96.

²⁹ EUGENIO COSERIU, “Pour une sémantique diachronique structurale”, *TLL*, 2 (1964), 139-186; BERNARD POTTIER, “Vers une sémantique moderne”, *ibid.*, 107-138; y del mismo autor, “La définition sémantique dans les dictionnaires”, *ibid.*, 3 (1965), 33-40.

³⁰ “Estudio del campo semántico *arar* en Andalucía”, *AO*, 15 (1965), 73-111.

³¹ *Formas y estructuras del léxico agrícola andaluz. Interpretación y estudio de 200 mapas lingüísticos*, Madrid, 1975.

³² “Cabeza (+ sufijo) en andaluz. Estudio de un campo semántico etimológico”, *RFE*, 55 (1972), 279-301. Y su tesis —sólo publicada en una extrema reducción: *Introducción al estudio del léxico andaluz*.

más que sea diferente? No quiero caer en la añagaza de tantos críticos: censuran lo que ellos no son capaces de hacer. Sólo quiero aducir mi experiencia y, tal vez, cuando se proyecta una investigación tan grande como ésta, no pueda atenderse a todo lo que nosotros pensamos que convendría haber hecho. Y este nosotros no es retórico sino inclusivo: empezando por mí mismo. A pesar de la enorme extensión, el cuestionario debe ser distinto del que suscitan los macrodominios, digamos Europa, o América. En el primer caso, porque la heterogeneidad lingüística obliga a mil cuestiones difícilmente atendibles; en el segundo, porque la homogeneidad fuerza al conocimiento previo de la unidad como paso necesario para llegar a la variedad. Que las dificultades son evidentes no me parece necesario insistir machaconamente. Se proyectó el Atlas de Europa y colaboré con entusiasmo³³; se publicó un tomo de muestra y se vio que la heterogeneidad no podía conducir muy lejos y ahora se ha planteado —y trabajamos en él— un atlas de las lenguas románicas³⁴.

Si descendemos a la realidad de América tendríamos que pensar en el mucho parecido que tiene lo que en México se ha hecho y lo que presenté en esta ciudad hace unos años con referencia a la totalidad del Nuevo Mundo³⁵.

Queda al margen de esta situación el *Atlas del Mediterráneo*, que servirá para la Neorromania en el limitado campo del léxico mariner, pero que exigirá un estrecho estudio de la vinculación de palabras y cosas, e incluso una metodología de encuesta distinta de las que he señalado y en el *ALMéx* se ha practicado³⁶.

Todo esto nos lleva a otros aspectos de este cuestionario: su naturaleza, el número de preguntas. Fijémonos —sólo— en lo que este volumen nos muestra, la fonética. Comparto totalmente el

³³ A. WEIJNEN *et al.*, *Atlas linguarum Europae. Introducción*, trad. de Manuel y Carlos Alvar Ezquerro, Madrid, 1976; J. KRUIJSEN, *Atlas linguarum Europae*, Fundación Neerlandesa de Cooperación Internacional, s.l. ni año.

³⁴ M. CONTINI y G. TUAILLON, "Projet d'un Atlas linguistique Roman", *Géolinguistique*, 3 (1987), 1-15; véase también MICHEL CONTINI, "L'Atlas Linguistique Roman (ALR)", comunicación presentada al Congreso de Lingüística Románica (Santiago de Compostela, 1989). Reducido al ámbito lexicográfico está el volumen misceláneo que preparó HANS FRIEBERTSHÄUSER, *Dialektlexikographie*, Wiesbaden, 1976.

³⁵ Consta en "Hacia una geografía lingüística de América", trabajo recogido en mis *Estudios de geografía lingüística*, ya citados.

³⁶ Sobre el atlas mediterráneo, véase la bibliografía que hay en la obra citada en la nota anterior, pp. 393-395.

planteamiento de Lope Blanch: seleccionar palabras adecuadas facilita la encuesta y enriquece los materiales de que vamos a disponer. Creo que no cabe duda. Gilliéron decía que 200 palabras bien elegidas permiten acopiar los fenómenos fonéticos de una lengua³⁷. Amparado en su autoridad y en la condición de unas prácticas de clase, redacté un cuestionario que apliqué en 45 puntos de la República, con mis alumnos de El Colegio de México o en solitario³⁸; después lo empleé en una primera toma de contacto en Guatemala³⁹. Los resultados fueron útiles y, quiero creer, sirvieron para llamar la atención a otros investigadores. Justamente la selección cuidadosa de esas palabras, postulado que Lope Blanch ha practicado, permite conocer en cada momento más de un motivo. Así, cuando en el mapa 60 (*flauta*) se nos dice “secuencia /ául ; /fl/ inicial de palabra”, o en el 76 (*aceite*) “diptongo /éi/ ; /el/ final absoluta precedida por /t/” (y añadiría /s/ y /t/) o en el 98 (*enfermo*), “/el/ inicial absoluta trabada por nasal; secuencia /nfl/ ; /r/ implosiva” (y /o/ final). Basten estos botones de muestra para saber la utilidad de este criterio, que —por otra parte— nos lleva al problema de la transcripción fonética.

Un atlas que se asienta sobre la base del polimorfismo necesariamente ha de suscitar el rigor de la transcripción fonética. Sólo elogios merece este criterio, pues dar los materiales en bruto es servir a la ciencia sin condicionar a nadie con lo que nosotros creemos que es o no es interesante. Las transcripciones puntuales son las únicas que valen según mi criterio. No invento nada: fue Gilliéron quien, contra Weigand, devolvió la dignidad a la palabra⁴⁰. Y esa dignidad sólo se logra con la transcripción exacta de

³⁷ Recojo bibliografía en el “Atlas lingüístico de los marineros peninsulares” (*Estudios de geografía*. . . , pp. 392-402). Va envejeciendo el libro de SEVER POP, *Bibliographie des questionnaires linguistiques* (Louvaina, 1955), necesario para conocer los planteamientos teóricos de esta importantísima parte, previa, a nuestra investigación.

³⁸ Los resultados de esas encuestas (Altiplano, Oaxaca, Yucatán) fueron publicados en distintos momentos; ahora los recojo en el libro *De la norma lingüística sevillana al español de América*, Madrid, 1990.

³⁹ El cuestionario citado en la nota precedente lo adapté para Centroamérica y los datos guatemaltecos fueron publicados en *LEA*, 2 (1980), 245-298, y recogidos más tarde en el libro que acabo de citar.

⁴⁰ Para el sistema de notación empleado por Weigand véase MANUEL ALVAR, “Metodología e historia lingüísticas: el atlas de Rumanía”, recogido en los *Estudios de geografía*. . . , pp. 26-27. Sobre los otros atlas rumanos, véase el artículo citado de K. JABERG, “Der rumänische Sprachatlas. . .”, y, como planteamiento general, HUGO PLONTEUX, *La ricerca dialettale*, Pisa, 1975.

cada uno de los componentes de la secuencia. Qué duda cabe que los servicios que rinde este atlas son impagables, por más que, a veces, nos sintamos abrumados bajo el peso de tanta variante⁴¹: trece representaciones del fonema *f*, diecinueve de *e* o cuarenta y cinco de *s*, etc., nos hacen pensar en enormes dificultades de transcripción. Y lo digo porque me sentí descorazonado por mis veinticinco *eses* andaluzas. Sé que cuanto más estrecho sea el sistema de transcripción tanto más se dificulta la identificación de los sonidos y veo difícil limitarnos a una transcripción fonológica, porque, al prescindir de matices, nunca sabremos si no hemos sacrificado el porvenir del sistema lingüístico. Por eso creo oportuno la redacción de mapas sintéticos, con la enorme complejidad que en el *Atlas* tienen y con las dificultades a la hora de cartografiar. Si nos acodamos sobre el mapa 26, importantísimo por cuanto dice, vemos que las dificultades de lectura son inmensas. Y es que el número de informantes no hace sino enmarañar la transcripción: se nos habla de las exigencias del polimorfismo. Las sé, pero no creo que utilizar cuatro informantes en vez de uno nos dé todas las posibilidades del habla y en uno, con un largo cuestionario, se dan multitud de variantes. Fue Séguy quien estableció por vez primera estadísticas de este tipo y en el *ALEA*, a imitación del *ALG*, redactamos los mapas del t. 6, que tan útiles vienen siendo y, sobre todo, conseguimos un principio básico de la geografía lingüística: la visión espacial simultánea y coherente. De otro modo podemos salir de nuestro campo para caer en el de la sociolingüística; lo mismo que al recoger romances, desvirtuamos el quehacer de un dialectólogo. Pienso siempre en nuestro enemigo el tiempo y pienso cuántos atlas se han quedado en el camino. Por eso siento una generosa envidia al ver este desconocido trabajo cumplido con rigor, con tiempo generoso, con denodados exploradores. De todos modos pluralidad de exploradores y multiplicidad de informantes acrecientan los riesgos de la imprecisión⁴²; además, necesitamos lo que los sociólogos llaman “historias de vida” para saber situar a cada hombre en su con-

⁴¹ Me ocupo de ello en *Estructuralismo, geografía...*, pp. 91-92 y 195-196.

⁴² Las grabaciones pueden ayudar a resolver muchas dudas, según cuento en *Estudios de geografía...*, pp. 91-98. En Rumanía se recurrió a preparar sobre el *ALR* otro elaborado, el *MALR*, según digo en el trabajo que dediqué a esos atlas (recogido ahora en los *Estudios de geografía...*), y según expuso Jaber en su *Dacorom Sprachgebiete*. Deben considerarse también las observaciones de N. ROSSI en su *Atlas prévio dos falares baianos*, Rio de Janeiro, 1965, pp. 31-34.

texto preciso. Lo que en Europa hacemos facilitando muchas referencias, muchísimas, sobre el informante: instrucción, naturaleza, la de los padres y su esposa, viajes (frecuencia y tiempo), servicio militar (duración, qué compañeros tuvo), salidas a la recolección, etc.⁴³. De ello derivan no pocas explicaciones y, por supuesto, hacen de la selección del informante la tarea más difícil de nuestras encuestas⁴⁴. Se ha dicho que los atlas europeos pretenden el habla de un individuo dado en un lugar dado y en un momento dado⁴⁵. Es decir, una suerte de instantánea lingüística. Desmembrar la encuesta en busca de una pretendida heterogeneidad es tan anómalo como forzar a la unidad. El polimorfismo se da en un hablante, y en cuatro y en ocho y en dieciséis y en... Pero hemos de atenernos a lo que es posible. Tal vez los viejos pueblos de Europa presenten unas características diferentes de los jóvenes de América, que las regiones arcaizantes son más estables que las innovadoras. Apunto problemas y he intentado dar soluciones. No a todos les parecen válidas y tal vez estén en lo cierto; si yo fuera convencido cambiaría de método, pero en mi circunstancia creo en una metodología que yo no he inventado, como nadie ha inventado casi nada. Lo importante es trabajar con honradez, lo demás queda en la gruta de los (im)posibles.

Porque hace muchos años que aplico los principios del polimorfismo, mis simpatías van hacia estos mapas mexicanos. Todos partimos de un trabajo espléndido de Allières, publicado en una revista de difusión muy restringida y de modestísima presencia⁴⁶. Yo tuve la suerte de trabajar con Jean Séguy y sólo con emoción evoco su recuerdo. En su casa de Toulouse me dio albergue: rodeado de libros en su estudio, tuve una cama el tiempo que trabajé. Un día llegó el número de *Orbis* donde aparecía el *Proyecto del ALEA*⁴⁷. Séguy no estaba de acuerdo con mis excesivos entusiasmos. Séguy, en Florencia, buscó a mi mujer: su marido se está matando, no se puede ser director, explorador, redactor y "economista" en solitario. Séguy, creo, tenía razón, pero un día, en aquella casa que me acogió, resbaló y se fracturó

⁴³ *Estructuralismo, geografía...*, p. 55; *Estudios de geografía...*, p. 31.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 151-155.

⁴⁵ POP, *op. cit.*, pp. 310-311 y 1162. No me parece impropio aducir en este momento a BRIGITTE SCHLIEBEN-LANGE y HARALD WEYDT, "Für eine Pragmatisierung der Dialektologie", *ZGL*, 6 (1978), 257-282.

⁴⁶ "Le polymorphisme de l' -s implusif en gascon garonnais", *Via Domitia*, 1 (1945), 70-103.

⁴⁷ T. 2, 1953, pp. 49-60.

el cráneo, él que era escalador de alta montaña. Que su nombre se recuerde con emoción en estos momentos, pues en *Via Domitia* publiqué muy pronto y, en *Via Domitia*, Jacques Allières dejó su espléndido estudio. Si lo aduzco aquí —y Lope Blanch muy bien conoce el trabajo de Allières— es porque la primera vez que, si no estoy equivocado, se aplicó el polimorfismo al estudio de unas hablas vivas fue para estudiar el habla de Santo Tomás Ajusco⁴⁸. Muy modestos fueron los inicios, pero El Colegio de México los ha magnificado: lo que postulaba Allières ahora lo tenemos: algún día podrá hacerse un atlas de polimorfismo⁴⁹. Está ya aquí, y yo pienso en el lejano verano de 1953, cuando estudiaba en Toulouse y Séguy, Allières y Companys pertenecían a mi mundo más próximo.

Estas consideraciones me han llevado a tomar en cuenta los problemas fonéticos de los mapas puntuales en los cuales también encontramos el polimorfismo. Los problemas fonéticos (vocales caedizas, cierre de *e* y *o*: mapas 5-9) me parece que confirman lo que entre todos hemos ido allegando, así como la cuestión de la *-n* velar y las nasalizaciones (mapa 10) hacen pensar en las afirmaciones de Canfield y posible carácter andaluz del fenómeno y, por supuesto, el eslabón que ya tenemos del español de Canarias⁵⁰. Desde mi perspectiva de dialectólogo, me parecen del mayor interés los mapas 55 (*baile*), 75 (*seis*), 76 (*aceite*), 77 (*peine*), 92 (*veinte*), con los diptongos sumamente estables, frente a lo que ocurre en España, mientras que *vaciar* (116) y *cambiar* (117) presentan inestabilidades como *vacear* y *cambea*, bien conocidas en la Península⁵¹, mientras que *copiar* (118) ni allí ni aquí ha permitido *copear*, que hubiera producido la homonimia con *copear* ‘beber

⁴⁸ “Polimorfismo y otros aspectos fonéticos en el habla de Santo Tomás Ajusco”, *ALM*, 6 (1966-67), 11-42. Véase JUAN M. LOPE BLANCH, “Polimorfismo canario y polimorfismo mexicano”, *Primer Simposio Internacional de lengua española*, Las Palmas de Gran Canaria, 1981, pp. 275-288. No otra cosa que polimorfismo fue lo que hizo NAVARRO TOMÁS al estudiar la articulación de la *o* (*boca*) o la *e* (*cepa*) en el *ALPI* (*Capítulos de geografía lingüística de la Península Ibérica*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1957).

⁴⁹ Es lo que postulaba en las conclusiones de su estudio.

⁵⁰ Véase la bibliografía que aduzco a las *Encuestas fonéticas en el Suroccidente de Guatemala*, pp. 262-263, donde hay referencias al español canario, que ahora deben buscarse en la magnífica *guía bibliográfica* de *El español de Canarias*, debida a los jóvenes y denodados investigadores, CRISTÓBAL CORRALES y MARÍA ÁNGELES ÁLVAREZ (La Laguna, 1988).

⁵¹ Véanse las notas de A. Rosenblat en el libro citado de A. M. ESPINOSA, *El español de Nuevo Méjico*, t. 2, pp. 67, 73-74, 261, 268.

copas'. Otros fenómenos que me han interesado debo estudiarlos en mapas que, al parecer, han sido elaborados con otros fines. Me refiero a las "consonantes heridas" en posición inicial absoluta: no aparece la *p'* en *patas* (74), *papel* (81), *piel* (82), *peor* (108), *pleitista* / *peleonero* (110); tampoco la *t'* en *tocayo* (51), *toalla* (52), *techo* (89); ni la *k'* en *casas* (70), *canas* (73), *comer* (78), *camión* (119), pues bien poco es encontrar un caso de *khasas*, dos de *khomer* y otro de *khamión* en informantes virtualmente aislados de los puntos 3, 4 y 6, y que significarían aspiración de la velar. Frente a esta pobreza las encuestas que yo hice en Yucatán me permitieron acreditar el fenómeno dentro de ciertos límites, tal y como me confirmaron unas grabaciones que debo a la gentileza de Gloria Bravo, y tal como apuntó Martinet dentro de hechos de fonética general⁵². Tendríamos, pues, un caso en el que la monografía dialectal debe apurar los materiales de los atlas, tal y como viene señalándose desde hace muchísimos años. Y tampoco la nasal final, realizada como *-m*, es abundante en los registros yucatecos (*capitán* 65, *sacristán* 66, *imán* 67, *tren* 94, *sartén* 95, *cien* 96, *león* 109, *camión* 119, *virgen* 120), pues alterna con *-n* velar o alveolar con algún archifonema o con cero fonético. Mis informes de 1969 creo que enriquecen lo que se desprende de estas láminas. Pero, como siempre, habrá que pensar en la condición de los informantes y su mayor o menor conocimiento de maya⁵³.

No es la ocasión de apurar todo cuanto estos mapas, tan ricos, nos van ofreciendo, sino que partiendo del polimorfismo podemos acercarnos a cosas que se han dicho y que ahora tienen respuesta definitiva. Por supuesto, y como en todo el mundo hispánico, la debilitación de la *s* implosiva (interior o final) sirve para conocer la situación de las hablas novohispanas dentro de un panorama complejísimo, pero los mapas elaborados no sirven para responder a nuestras preguntas y habría que volver a la realidad

⁵² "Nuevas notas sobre el español hablado en Yucatán", *I*, 1 (1969), 159-190. Véase JUAN M. LOPE BLANCH, "Sobre glotalizaciones en el español de Yucatán", en *Philologica Hispaniensia in Honorem M. Alvar*, Madrid, 1983, t. 1, pp. 373-385. La cuestión puede llevarnos a los territorios plurilingües que han sido objeto de muchos estudios desde la geografía lingüística; bástenos el del entusiasta MIRKO DEMOVIĆ, "Atlanti Linguistici di territorio plurilingui", en *Gli Atlanti Linguistici: problemi e risultati*, Roma, 1967, pp. 185-192; y sobre todo la bibliografía que aduzco en "Cuestiones de plurilingüismo y diglosia en el mundo hispánico", en Humberto López Morales (en prensa).

⁵³ Expliqué la situación lingüística de los informantes en el § 46 del trabajo citado en la nota anterior.

que es la palabra. Leamos el mapa 34 (“/s/ seguida de oclusiva sonora”) ¿es el caso de $s + b$, $s + d$, $s + g$? ¿Y el de $s + l$?, puesto que $s + n$ está considerado en la lámina 31. ¿Y las secuencias de $s + r$ y $s + y$? Nos quedamos sin respuesta, pues faltan mapas puntuales y cuando pudiéramos atisbar la repercusión de la pérdida de s sobre el sistema ($sb > f$, $sd > o$, $sg > h$, x) los datos son insuficientes: *los dientes* (mapa 99), *los golpes* (mapa 103), las secuencias que nos interesan están incompletamente transcritas en muchísimos puntos.

Si nos ocupáramos de las palatales tendríamos que hacer caso a una situación que es la de Andalucía y la de Canarias, cuando se modifica la articulación de la *ch* o cuando se generaliza el yeísmo. Una inmensa riqueza como la de los tipos de *ch* (mapa 35) es para mí menos significativa que la de *techo* (89), tan claramente expresiva y tan dentro de la ordenación que reproducimos mil veces en el mundo hispánico, o la de *noche* del mapa 90, o la de *leche* (91), tan valiosa como las otras. Repito mi admiración por el trabajo que significan los mapas elaborados, pero, a pesar del enorme esfuerzo, no nos evitan que tengamos que repetir una reelaboración de lo que se nos da interpretado y vuelvo a creer que la fonética podría aclararse con procedimientos menos onerosos, digamos los tipos de *ch* según el modo de articulación, el punto de articulación, la presencia o ausencia de sonoridad o, si la hubiera, la aparición de sonidos cacuminales (*ALEA*, mapas 1709-1711). ¿Reservas? Acaso perspectivas distintas para enfrentar los problemas. Soluciones que damos a las mismas cuestiones según las interpretamos con una u otra concepción de la geografía lingüística, de la sociolingüística, de la visión de los problemas en un contexto o en otro. Lope Blanch ha hecho —y muy bien— una caracterización de zonas dialectales en un solo país, yo estoy considerando unos motivos panhispánicos. Acaso lo que para mí es importante no tiene relieve en México y por eso esas ausencias de que hablo, que no son limitaciones metodológicas, sino exigencias de un método elegido. Y elegir un método condiciona una fidelidad a los planteamientos y no la abigarrada incoherencia que acaba por no decir nada.

He dicho que este *Atlas* resuelve definitivamente cuestiones que la pereza doctrinal viene repitiendo desde siempre. Estamos en el orden de las palatales. Canfield publicó un mapa sobre la *ll* y el yeísmo⁵⁴; es útil y preciso. Cuando hacíamos encuestas con los

⁵⁴ En CANFIELD, *op. cit.*, mapa V.

estudiantes de El Colegio de México en nuestro parvo cuestionario teníamos *ll* y yeísmo. Leer hoy los mapas del *ALMéx* no nos permite dudar: *toalla* (lám. 52) o *estrella* (53) no presentan ni un solo caso de *ll* conservada, según manifestaban todos los estudios sobre el español mexicano, pues la aparición de una *ll* en Oaxaca⁵⁵ es un fenómeno secundario que nada tiene que ver con la conservación que se da, por ejemplo en zonas andinas. Se ha esfumado aquel fantasma de mis clases de dialectología en la Universidad de Salamanca: se conserva la *ll* en la Barranca de Atotonilco⁵⁶. Era un espejismo: hará un cuarto de siglo Juan M. Lope Blanch y yo quisimos dilucidar aquel ente que nos amagaba. Nos fuimos con Raúl Ávila a la Barranca de Atotonilco el Grande: preguntamos y preguntamos, sin que las respuestas confirmaran lo que en clase se repetía, ¿se seguirá repitiendo? El *Atlas* nos trae una confirmación definitiva y no tendremos que atosigar a nuestros estudiantes, por más que yo quiera conservar aquel exótico y sonoro topónimo: Barranca de Atotonilco el Grande.

De la mano nos viene el problema concomitante de la *y*⁵⁷. Dejemos el mapa 36, elaborado con muchísima información, y consideremos el léxicamente homogéneo de *tocayo* (mapa 51): *y* abierta (como en inmensas parcelas de Iberoamérica y España), *y* rehilada, *y* africada. Lo sabíamos y lo confirmamos ahora, con lo que el *Atlas* concuerda con las encuestas de Oaxaca y Orizaba, pero da a todos estos fenómenos una proyección de la que carecíamos y que nos era necesaria para explicar las cosas o, al menos, para plantearlas: colonización, evolución espontánea, igualación de *y* primaria y yeísmo evolucionado. Otro portillo abierto para nuestro estudio y para meditar sobre un problema que nos conduce a una reestructuración del sistema de las palatales, sean los esquemas

⁵⁵ Publiqué un espectograma con *ll* en "Algunas cuestiones fonéticas en el español hablado en Oaxaca", *NRFH*, 18 (1965-66), 353-377.

⁵⁶ La especie se repitió una y otra vez, la formuló Revilla en 1910 y llegó a las notas que puso Henríquez Ureña a Hills y observaciones personales del maestro dominicano (cf. *El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central*, tomo 4 de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, Buenos Aires, 1938, pp. 4, 200, 334 y 340).

⁵⁷ Vuelvo a hacer mención del mapa V de Canfield y debo referirme a cuestiones que figuran en mis trabajos sobre Oaxaca, Ajusco o Canarias (véase *Niveles socioculturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1972, pp. 124-126 y bibliografía a que me remito).

frente a los castellanos

Y aun habría que considerar las evoluciones de *ly*, de *ny* o de $\tilde{n} > ny$. Pero esto sería ya el cuento de nunca acabar.

En otro orden de cosas, son importantísimos los mapas 15 al 25, los 42-45 y tantos otros en una obra fundamental, pero no puedo sino dar unas cuantas muestras que me han parecido más dignas de consideración, aunque mi selección pueda parecer arbitraria. Creo que es significativo lo que he elegido, aunque haya otros muchos testimonios de profundo significado.

Voy a asomarme al léxico, por más que sea ajeno a las pretensiones de este primer volumen. Llamen la atención las grandes capas unitarias que denuncian mapas como *ramas* (72), *techo* (89), *enfermo* (98) o *animales* (102). Tal vez nos haría falta conocer cómo se formuló la pregunta: lo que es necesario para saber qué quiere decir *sello* (88), si *cien* es sinónimo total de *ciento* (96) o por qué *ferrocarril* se introduce en un mapa bastante uniforme de *tren* (94) o si *camión* es lo que en sitios de México llaman *troca*, con un crudo anglicismo, o es el 'autobús de viajeros' como acreditan el propio *autobús* o el sorprendente *guagua*, tan caribeño y canario, que aparecen en el mapa. No acaban aquí los motivos que debemos considerar, ¿*tomar* y *beber* (79) son lo mismo? ¿*Hierro* y *fierro* (83), discordantes? ¿*Virar* y *voltear* no acreditan ningún matiz específico? Aparte de estos problemas, ¿*sartén* (95) no tiene variantes de género? ¿*Japoneses* es un término que no tiene alternancias en las que pudiera persistir el arcaísmo *japones*? Nos quedan mexicanismos bien caracterizadores, como *peleonero* (110) o *balacear* (112). En muchos sitios, al investigar problemas fonéticos me aparecieron no pocas discrepancias léxicas que indicaban niveles de habla como las que han denunciado el estudio de estos mapas. Así en Oaxaca hubo quien llamó al 'mosquito' *jején*, mientras otros informantes, que conocían la voz, dijeron que ellos usaban *mayote* o *zancudo*; en Yucatán, uniendo dos coleópteros distintos, los llamaron *luserna*, *lusero*, *lusiérnaga*, *cocay* y hasta *grillo*; en Guatemala,

el colibrí de unos era *culibrino*, *gorrión* o *burrión* para otros. Baste con estas observaciones marginales.

Hemos recorrido un largo caminar y parece necesario extraer algunas conclusiones. El *ALMéx* está inserto entre dos etapas de la geografía lingüística. De una parte, la ortodoxia gilliéroniana: son empresas en las que la palabra interesa por sí misma, pero no en su conexión con la etnografía. Ahora bien, practicando una fidelidad que ha caracterizado siempre a nuestros estudios el *ALMéx* superó lo que no hubiera hecho de él otra cosa que unos *Tableaux phonétiques*, tal como proyectó Gauchat y, en cierto modo, vino a ser el *ALPI*, según señaló Gianfranco Beccaria⁵⁸. Pero respetando esta fidelidad que llegó a significar —ni más ni menos— la dignidad de la palabra, se vio que la pretendida unidad de un núcleo de población es un mito⁵⁹, porque un mito es, también, la unidad lingüística del hombre en la sociedad. Así el *ALMéx* tiene cabida en la segunda etapa de la geografía lingüística, la que en 1928 inauguró el *ATIS* y que tan revolucionaria ha sido en nuestros estudios⁶⁰. Pero la voluntaria limitación a hechos estrictamente lingüísticos le ha impedido acceder plenamente al periodo que inauguran Jud y Jaberg. Esto no quiere decir limitación, sino voluntaria precisión de un campo en el que los hechos de lingüística se explican desde la lingüística misma. Algo de lo que es en nuestra ciencia la postura teórica de Yakov Malkiel por no citar sino un nombre ilustre. Pero una lingüística autónoma tiene su propio significado, aunque en ocasiones prefiramos explicar los hechos lingüísticos por relaciones ajenas a nuestra ciencia. No es ni mejor ni peor, simplemente, dos maneras de encararnos con los problemas, y ortodoxia gilliéroniana de nuevo, por más que en ocasiones hubiéramos querido superarla. Pero el trabajo de campo ha hecho ver que las hablas vivas no son bellas y monolíticas uniformidades, sino un mundo complejísimo en continua ebullición. Es lo que llamamos polimorfismo o coexistencia de realizaciones de los elementos de un sistema. Lope Blanch y sus colaboradores han demostrado la existencia de un polimorfismo de realizaciones indiferentes, el más puro de todos cuantos se conside-

⁵⁸ “A proposito del I volume dell’Atlante linguistico della Penisola iberica (*ALPI*)”, *Boll. dell’Atlante Linguistico Italiano*, núms. 7/8, p. 61.

⁵⁹ J. JUD y K. JABERG, *Sprachatlas als Forschungsinstrument*, Halle, 1928, p. 216.

⁶⁰ G. ROHLFS no hace una evolución de la geografía lingüística desde un plano teórico, por más que tal debiera ser el capítulo 1 de su *Romanische Sprachgeographie*, Munich, 1971.

ran⁶¹. Pero ha incidido en los niveles socioculturales con esos dialectos superpuestos que vemos al enfrentar hablantes cultos con otros de instrucción inferior o nula. Justamente entre estos últimos es donde el polimorfismo alcanza mayor complejidad, según nos demuestra incansablemente el *ALMéx*. Entonces el español de la República se ve no como un bloque compacto, sino como una estructura deslizante y a las veces inestable; es lo que nos pone ante una realidad compleja y en marcha hacia la unificación. Es lo que demuestran esos índices numéricos de frecuencias, algo que permite intuir cuál es el caminar del sistema hacia su nivelación y el establecimiento de unas normas regionales que sirven para caracterizar parcialmente y en conjunto esa inmensa parcela del español que son los Estados Unidos Mexicanos. Con lo que viene a verse cómo el estructuralismo metodológico no es rentable, aunque la consideración de mil hechos polimórficos pueda llegar a una nueva estructuración del sistema.

La condición de las encuestas viene a incidir en estos problemas de caracterización e irradiación de las variantes. Lope Blanch lo ha dicho sin ambigüedades: los grandes centros urbanos son focos de difusión lingüística. Estoy totalmente de acuerdo, y en esto se aparta de Gilliéron y Navarro Tomás para ir en el bando de Jud y Jaberg y de cuantos creemos que las capitales deben estudiarse si queremos conocer el nacimiento de mil procesos, según demostró Karl Jaberg en su viejo tratado *Die Sprachgeographie*⁶², por más que París, Burdeos o Lión estuvieran tras cortinas de silencio. Pero no es sólo esto lo que obtenemos al estudiar sociológicamente los hechos de habla. Hay un mapa en el *Atlas* que me parece harto significativo: el 62 (*bacalao*). ¿Por qué tantas ultracorrecciones, *bacalado*? Creo que por los mismos motivos que se dan en todo el mundo hispánico: esas gentes con poca o nula cultura tienen, sin embargo, la conciencia de un habla mejor, la que conserva la *-d-* en los participios, y han cometido un error real al pretender remediar otro inexistente. El fenómeno es reciente, como en todas partes, pero en todas partes también la pérdida de la *-d-* se ha generalizado tardíamente, pero con arraigo muy enconado.

Tenemos multitud de variantes que, agrupadas, pueden establecer la norma de distintas regiones de México o las de toda la República. Estudiando la realización de *-b-*, *-d-* y *-g-* en sus alófo-

⁶¹ ALLIÈRES, art. cit., p. 98.

⁶² Trad. de A. Llorente y M. Alvar, Granada, 1959, pp. 23-31.

nos fricativo y oclusivo creí que, por razones históricas, Yucatán iría con Guatemala; sin embargo me parece que las cosas no se repiten del mismo modo a ambos lados de la frontera⁶³. Digamos que la política —otro hecho social— también puede condicionar a los hechos lingüísticos. Y es que si algo nos dice este *Atlas* es que la realidad vale más que la abstracción. Manejamos realidades, somos hombres, vivimos en estructuras sociales. Si prescindimos de todo ello, no somos nada.

Para que esta realidad sea inequívoca no basta con elegir unos hablantes, sino que hay que colocarlos en la geografía que viven y en la que han vivido quienes los han hecho ser entes históricos. El *ALMéx* ha fijado unos puntos de encuesta; no sé si son muchos o pocos, la pericia de los investigadores merece nuestra confianza, pero hay una consideración que quiero traer a colación. El *Atlas* no se ha proyectado sobre los Estados Unidos. Tal vez sea un acierto. Mi experiencia no creo que sea inútil: he trabajado en California y allí no hallé sino motivos de sociología lingüística, no de geografía lingüística. Después Giorgio Perissinotto parece haber encontrado alguna continuidad del español en Santa Bárbara, pienso que muy poco debe significar, por más que yo no fuera tan afortunado. Su investigación, en colaboración con Moreno de Alba, algo puede decirnos hoy⁶⁴. Trabajé también en Texas. Busqué allí los herederos de las quince familias de Canarias que fundaron la ciudad de San Antonio, en el condado de Béjar. He hablado de esa emocionante página de la colonización, pero poco saqué que aprovechara a la geografía lingüística, pues el habla de esos “canarios” mucho se ha asimilado al español de los emigrantes de Chihuahua y de Coahuila⁶⁵. Por último, investigué el español de Nuevo México, pero tuve que huir de la frontera, pues allí, como mucho, obtendría materiales de sociolingüística, no válidos para la geografía lingüística: desde Albuquerque y Santa Fe hacia el norte llegué a Taos, Gallup y Arroyo de Bueyeros. Mis esfuerzos fueron compensados: rasgos que en 1909 creía exhaustos Aurelio M. Espinosa ahora siguen con plena vitalidad. Lope Blanch, que también ha trabajado en estas regiones, tomó una decisión que me parece justa. Ojalá el *Atlas de Hispanoamérica* pueda traer luz sobre esas realidades y las que duran en Arizona,

⁶³ Art. cit., p. 257.

⁶⁴ “Observaciones sobre el español en Santa Barbara, California”, *NRFH*, 36 (1988), 171-201.

⁶⁵ Algo conté en *Mis Islas*, La Laguna, 1990.

Colorado y Luisiana⁶⁶.

Si de las razones teóricas que he expuesto poco antes descendiéramos a las que afectan a los atlas, tendríamos que reconocer el singularismo que tiene el que acaba de publicar El Colegio de México. De una parte nos da una visión del español de la República con una singular riqueza de información, por más que tenga las restricciones de cualquier obra humana. No ha roto con nada para hacer adelantar a la ciencia. Y no hacen falta revoluciones pasajeras, sino evoluciones que permiten una duración en el tiempo. Por eso, aunque no se diga en las dos introducciones de la obra, yo veo el resultado con engarces de lo que se ha hecho en Francia, en Córcega y en Cataluña; al realizar un cuestionario nuevo está en la misma línea que Gardette en el Lionesado o Nauton en el Macizo Central. Que no se debe romper con los trabajos semejantes del mundo hispánico, me parece evidente y no creo que Lope Blanch lo haya querido; sin embargo, me gustaría ver más explícitas esas relaciones que darán un sentido trascendente a la realidad que es el español de México. De momento falta la etnografía; creo que será necesario contar con ella en algún momento, lo mismo que —abierta esta cancilla— hará falta proyectar una serie de atlas regionales. También me gustaría ver una ordenación en campos léxicos y en campos semánticos, que ahora no existe. Manejamos teorías ideales, pero la realidad se nos impone con sus brutales restricciones. En mil motivos coincido con lo que Lope Blanch y sus colaboradores han hecho y quisiera ampliar los tratamientos fonéticos que con tanta generosidad nos han ofrecido: completaría nuestra visión y haría del *Atlas* el depósito de cuantas exigencias pudiéramos desear. Aparte han ido quedando en nuestros comentarios el valor de los atlas y el de las monografías dialectales, el del polimorfismo y la nivelación del sistema, las peculiaridades regionales que, acaso, no han accedido con la vitalidad que deben tener, los fantasmas llamados a desaparecer de nuestros estudios, ciertas caracterizaciones del léxico. Inmensidad de motivos que no agota todo lo que este *Atlas* encierra y que yo no he podido sino apuntar en lo que más me ha interesado.

Hemos llegado al final. Y quiero declarar mi postura ante obra tan gigantesca. Si me hubiera limitado a decir lo que siento, tal vez valieran estas dos líneas: el *Atlas* es la obra más importante

⁶⁶ En Luisiana he hecho numerosas investigaciones que desautorizan muchas cosas que se han dicho con ligereza.

de la lingüística mexicana, obra capital para la dialectología española y fundamental para la lingüística románica. Tal vez bastara con esto, pero yo no estaría satisfecho, por más que sean afirmaciones verdaderas. Pero he dedicado muchas horas a estudiar la obra y muchísimas a meditarla.

Podré discrepar en algo, y Lope discrepará de mí. No es otra cosa que nuestro sentido de la libertad y el amor a la verdad. Discrepar es una forma de honrar, prueba de cariño y de respeto. Decía Ortega que ciencia es todo lo que puede ser discutido⁶⁷. Mis dogmas son muy pocos y ninguno está en lo poco que puedo saber, flor de un día que se agota demasiado pronto. Queda —como a don Quijote en la aventura de los leones— el esfuerzo del brazo y la grandeza del corazón; es lo que con la más honda admiración siento al ver esta obra gigantesca. Me queda un hondo poso de envidia: tener tales colaboradores, gozar de serenidad para el trabajo y estar amparado por una benemérita institución. No todos podemos decir lo mismo. Pero, si Ovidio escribió que no todos podemos todas las cosas, tendré que resignarme⁶⁸. Sin embargo, en elogio de cuantos han colaborado en esta obra evocaré a Virgilio: hombres mortales han hecho una obra inmortal⁶⁹.

MANUEL ALVAR
Real Academia Española
State University of New York, Albany

⁶⁷ “Orígenes del español”, en sus *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1966, t. 3, pp. 516-517.

⁶⁸ “Non omnia possumus omnes” (*Ecl.*, 7, 63).

⁶⁹ “Mortaline manu factae inmortale carinae / fas habeant?” (*Aeneida*, IX, 95-96).